sacad el provecho que podais del trato que por necesidad habeis de tener con los demas hombres.

CAPITULO XXVI.

De las conversaciones.

Quiero figurarme en mi espíritu que estoy en casa de Isabel, al tiempo que María la visita. ¡Qué lecciones de humildad, de modestia, de discrecion y de caridad no recibo allí!

Isabel reconoce á María por la *Madre de su Dios:* la colma de alabanzas y de bendiciones. Exalta sus grandezas; la felicita por sus prerogativas.

Pero María, léjos de engreirse por su dignidad, dirige á Dios el incienso que se le da, y toma ocasion de aquí para glorificar al Señor.

Conoce las *grandes maravillas que ha obrado en ella el Todopoderoso;* pero ella todo lo dirige á su mayor gloria; y siendo como es la Madre de Dios, jamas se olvida de que es *su Esclava.*

Humildad sincera, y que no tiene nada de

aquella falsa modestia, bajo la cual no se oculta muchas veces sino un secreto orgullo.

¿Cuántos hay, en efecto, que no desprecian las alabanzas que se les dan, sino por atraerse mas? haciendo servir así, por un rasgo delicado de su amor propio, la misma modestia á su vanidad.

María é Isabel no tratan sino de Dios, de sus grandezas y de sus misericordias: están enteramente poseidas de su amor, y ponen todas sus delicias en contar las maravillas de su sabiduría, de su poder y de su bondad.

Cuando los dones de Dios son el único objeto de nuestra alegría, es Dios por consiguiente el único objeto de nuestras gratitudes y nuestras alabanzas.

La boca habla comunmente de aquello mismo de que el corazon está lleno (1) Vosotros no hablais sino del mundo y de sus vanidades; señal demasiado cierta de que no amais sino al mundo, y de que vuestro corazon está aprisionado por sus falsos deleites.

Ellos *son del mundo*, decia el discípulo amado; *y por eso no hablan sino del mundo*, y *el mundo los escucha* (2). *Si fuesen de*

(1) Matth. XII, 34.—(2) Joan. IV, 5.

Dios (1), *hablarian de Dios*, ó á lo ménos no no dirian ninguna cosa que no fuese segun Dios.

Acordaos, pues, de que dareis cuenta en el juicio de Dios de una *sola palabra ociosa*. ¡Qué justo motivo de temor para vosotros!

¡Oh, y cuán pocas conversaciones hay, aun entre personas que hacen profesion de piedad, en donde no se aumente la cuenta que será necesario dar á Dios!

¿De qué se trata en ellas mas comunmente? De vanidades del mundo, de novedades, de cosas de ninguna importancia. Estas son las conversaciones que pasan por las mas inocentes.

No parece sino que no se puede conversar sin hablar de los defectos del prójimo: la conversacion viene á ser molesta, si no se mezcla en ella algun rasgo de crítica ó de malignidad.

¡Ay de vosotras, lenguas maldicientes, que siempre agudas como la de la serpiente, poneis toda vuestra diversion en herir la reputacion del prójimo!

---

(1) Joan. IV, 6.

¡Y desdichados igualmente aquellos que se complacen en escucharlas! El que presta libremente sus oidos á la maledicencia, se hace cómplice en ella.

Mirad como una obligacion de conciencia el no decir jamas mal de nadie. Si no podeis impedir el que los demas murmuren, hacedles conocer á lo ménos por vuestro silencio, que no tomais ninguna parte en sus proposiciones maldicientes.

Concebid un horror santo á toda conversacion contraria á la honestidad; y guardaos bien de aprobar, ni aun con cierta sonrisa, como hacen algunos, un lenguaje que el mundo llama galantería, pero que es frecuentemente el lenguaje de la pasion.

Poned especialmente toda vuestra gloria en pasar por un hombre, delante de quien ninguno se atreve á zaherir la religion, ni la piedad. Reprended al impío con una libertad santa; y si no halláreis otro medio de detener la impiedad sobre sus labios, manifestadle á lo ménos, por una señal clara y evidente, cuál es vuestro modo de pensar.

Sed verdadero en vuestras relaciones, modesto y reservado en vuestras palabras, afable con todo el mundo, y no os negueis á una

alegría inocente, pues que la virtud os la permite, y algunas veces os la manda.

Por lo mismo que estais mas espuesto á pecar por la lengua, es necesario que tengais mayor precaucion para no incurrir en aquellas faltas cuya principal causa es ella misma.

Si acostumbrais á conversar á solas con Dios en vuestra casa, os presentareis despues con ménos peligro entre los hombres, cuando os sea preciso estar delante de ellos.

Cuando tengais que presentaros entre otras gentes, rogad ántes al Señor *que ponga una guarda de circunspeccion en vuestros labios* (1); y pensad durante la conversacion, que Dios está presente, y os escucha. Hablad á este Señor interiormente alguna vez por medio de algun afecto del corazon.

Cuando se haya acabado la conversacion, pedios cuenta á vos mismo de lo que ha pasado en ella, para dar gracias á Dios, si no habeis cometido ninguna falta, ó para corregiros, si habeis incurrido en ella.

De este modo llegaréis á adquirir aquella discrecion y prudente cautela en vuestras

(1) Ps. CXLI, 3.

palabras, tan recomendada por los maestros de la vida espiritual, y que miran justamencomo punto de grande perfeccion.

CAPITULO XXVII.

De la verdadera amistad.

SIERVO. *Un amigo fiel es un rico tesoro*, dice la Escritura (1): *su hallazgo está prometido únicamente á los que temen á Dios.*

El cielo os hizo hallar, ó María, este precioso tesoro en vuestra prima Isabel, y á ésta la gratificó el Señor, dándola á vos por amiga suya.

Nos ofreceis así la una como la otra el modelo mas perfecto de la amistad, y de una amistad santa, libre de todo aquello que suele corromper las amistades humanas.

Una dichosa uniformidad de sentimientos, pero de sentimientos religiosos, os hacia unir mas estrechamente la una á la otra: la gracia y la virtud era lo que vos estimábais en Isabel; y esto mismo era lo que vuestra prima estimaba recíprocamente en vos.

(1) Eccl. VI, 14, 6. 16.

Teníais entre las dos frecuentes conversaciones con mutuas confianzas: os dábais consejos: os servíais la una á la otra como á porfia; pero todas las pruebas de vuestra amistad iban dirigidas á un mismo interes, cual era el de la mayor gloria de Dios.

Bien conocia Isabel que su corazon, desde de que se habia unido al vuestro, concebia hácia Dios aun mas vivos sentimientos que ántes.

Y vos, Vírgen Santa, hacíais tantos progresos en la virtud en casa de vuestra prima, como si estuviéseis en vuestra soledad de Nazaret.

Contentas con vuestra union, os separásteis sin dejar de amaros. La virtud que une dos corazones, no puede estar sujeta á la inconstancia.

María. Nunca, hijo mio, te lisonjees de que gustas de las dulzuras inocentes de la amistad, si no has procurado buscarlas en una amistad virtuosa.

No hay cosa mas comun que engañarse en la eleccion de los amigos. Es necesario no dar su confianza sino á aquellos cuya fidelidad se conoce, y sobre cuya religion se puede contar.

Encontrarás muchos de estos amigos comunes y ordinarios, que te darán ciertas señales esteriores de amistad; pero no esperes otra cosa de ellos.

Serán tus amigos miéntras puedan sacar algun provecho de la prosperidad en que estés; pero si ésta te llega á faltar, dejarán de serlo.

Procurarán corregirte aquellos vicios cuya infamia pueda recaer tambien sobre ellos: en cuanto á aquellos que el cristianismo condena, pero que no se reparan entre las gentes de mundo, serán los primeros que te esciten á ellos.

Mira lo que es un amigo verdadero: ayuda en las necesidades; consuela en los trabajos; aconseja en las dudas; conduce en los negocios; dirige en los desórdenes, y escita, por medio de sus palabras y de sus ejemplos, al cumplimiento de las obligaciones.

Pero es muy raro hallar un amigo semejante, porque tambien es el consultar á la virtud en la eleccion de los amigos.

Ama á la virtud, y ella te hará encontrar un amigo que sea digno de tí, y, como suele decirse, otro tú mismo.

Hay muchas amistades que parecen á la

primera vista sinceras, y muy finas; y se ve que se acaban luego, porque no habian unido sino vicios.

Haz de tu amistad, en cuanto puedas, un comercio de edificacion, para que dando á tus amigos el buen ejemplo, le recibas mutuamente de ellos.

Condesciende con ellos en cuanto te permita la conciencia; pero nunca pases mas adelante.

No les pidas ninguna cosa que no sea justa y razonable; y sobre todo, no uses con ellos de la adulacion con la mira de que hagan contigo lo mismo.

CAPITULO XXVIII.

De la confianza en Dios, y cómo debemos abandonarnos á su providencia.

La confianza en Dios es uno de los mas grandes homenajes que podemos hacer á sus perfecciones. Cuanto mayor y mas generosa sea de nuestra parte, tanto mas nos honra.

Por medio de esta confianza le reconocemos por el Ser Supremo, que puede todo lo

que quiere, y cuya voluntad iguala á su poder.

Es uno de los medios mas eficaces para alcanzar del cielo muchas gracias y señalados favores.

María nos ha dado mas de un ejemplo de esta virtud. El que nos dejó, remitiendo á Dios el cuidado de su reputacion, es por cierto bien notable.

El esposo que le dió el Señor para guarda de su virginidad, concibe una sospecha contra ella, que es perjuicio de su honor, y piensa en informarse secretamente.

María no manifiesta por eso ninguna inquietud; sino que, llena de confianza en Dios, espera con humildad el instante de su providencia.

Llega en efecto este momento. José es iluminado desde lo alto: se desvanecen sus recelos, y lleno de veneracion por la virtud de su esposa, ya no duda estrecharse inviolablemente con ella.

En esto se ve claramente cuán provechoso es confiar en Dios, y poner en sus manos todos nuestros intereses.

Todo está prometido á la confianza: el rocío del cielo, la feracidad de la tierra, las es-

taciones benignas, y los bienes de la eternidad.

El que se apoyare sobre un brazo de carne, será semejante al arbolillo que crece en el desierto (1). Se hallará seco dentro de muy poco tiempo.

Pero el que pone *su confianza en el Señor*, y lo considera como su único apoyo, *se parecerá á uno de aquellos plátanos hermosos que crecen sobre el borde de las aguas* (2). Sus hojas, al abrigo de todo viento que las abrase, *conservarán su verdor, y el árbol no cesará de dar fruto.*

No hay cosa que no nos mueva á la confianza. La bondad de Dios, su poder, sus promesas, su fidelidad, el conocimiento que tiene de nuestras necesidades, nuestra propia flaqueza, y la esperiencia que todos los dias nos está manifestando la insuficiencia de los hombres y aun su perfidia.

Recurrid, pues, con confianza á su providencia en todos vuestros trabajos, cualesquiera que sean. Os quejais de que vuestro Dios no os da socorro en vuestras aflixiones; pero no dudeis de que este Señor solo espera para dárosle el que vuestra confianza os lleve á sus piés á pedirle.

(1) Jerem. XVII, 5.—(2) Ibid. 8.

Sabe, mejor que ninguno, la triste situacion en que os hallais; pero si vuestra confianza no le dice nada, se conduce con vosotros como si la supiera.

Os entregais á la turbacion y al desaliento, *como si no hubiera Dios en Israel* (1).

¡Ah! frecuentemente los hombres se arrebatan, se acongojan, se agitan, miéntras que un solo acto de confianza restituiria el sosiego y la paz á sus almas.

En todos vuestros peligros, en vuestras dudas, y en vuestras mayores angustias, tomad vuestras medidas, buscad los medios, pedid consejo; pero sea siempre Dios ante todas cosas vuestro primer recurso.

Los hombres no tienen poder, ni luces, ni voluntad para ayudaros y socorrernos, sino porque lo tienen de Dios.

Siempre que nuestra confianza en Dios no sea presuntuosa y temeraria, no puede ser escesiva.

Tanto como el hombre es flaco por sí mis-

(1) IV Reg. I, 16.

mo, otro tanto mas poderoso viene á ser por el Dios en quien se confia.

Los accidentes que os han quitado la salud, no han enflaquecido el poder de aquel que es el único que os la puede restituir.

La muerte os ha robado una persona que era vuestro apoyo; pero no habeis perdido al que la gobernaba en todo lo que hacia por vuestros intereses.

Si queremos reflexionar seriamente sobre esto, veremos que el socorro de Dios no nos falta, sino cuando por nuestra desconfianza nos hemos hecho indignos de él.

CAPITULO XXIX.

De la obediencia.

Maria y José, sin embargo de que eran de la familia de David, van de Nazareth á Belen para hacerse inscribir allí, segun el edicto augusto, que, con el fin de conocer la estension de su poder, habia mandado hacer un empadronamiento general en todas las partes de su imperio.

No se detienen á examinar si el príncipe habia sido dirigido en el edicto por miras de

interes ó de vanidad. La órden ha sido publicada; ha llegado á su noticia, y se someten á ella.

Si Augusto conociera á María, le diria como Asuero á Ester, *que aquella ley no habia sido hecha para ella* (1); pero la ley la comprende como á los demas, y obedece lo mismo, y aun mejor que los otros, porque lo hace con humildad, con paciencia y sin murmuracion.

María no ve en la órden del príncipe sino la voluntad de Dios, la mira como una disposicion de la Providencia, la cual se somete ciegamente.

La obediencia no sabe formar discursos, porque es en todo muy sencilla. Ninguna cosa hay mas opuesta al espíritu de sumision, que la prudencia de la carne, que quiere verlo y examinarlo todo.

¿En qué vendria á parar la subordinacion, si las órdenes de los que tienen derecho para mandar, se hubiesen de sujetar al exámen de los que deben obedecer?

Si el señor temporal que os manda alguna cosa, no merece por sí mismo vuestra obe-

(1) Esth. xv, 13.

diencia, el soberano Señor á quien representa, la merece.

El que os manda, es verdad que puede engañarse; pero siempre que no se os mande ninguna cosa contraria á la ley de Dios, la obediencia que vosotros le prestais por consideracion á aquel á quien representa, no puede estar sujeta á error; y os servirá siempre de un gran mérito ante Dios.

Es doctrina de los santos, que vale mas hacer cosas pequeñas por obediencia, que hacerlas grandes por su propia voluntad.

La sabiduría mundana insulta á la humilde simplicidad de los corazones obedientes; pero esto consiste en que ella *no ve nada en las cosas de Dios* (1).

¿De qué consideracion deberán ser los juicios de los hombres, para quien toma el Evangelio por regla de los suyos?

No toda obediencia es meritoria. Aquella que prestais por consideracion á las buenas calidades que puede tener aquel que os manda, es una obediencia puramente natural; y por lo mismo no debeis esperar recompensa sino de parte de los hombres.

(1) I Cor. II, 14.

Aun en aquella que se dirige á Dios, se hallan frecuentemente muchos defectos é imperfecciones que le roban una gran parte de su mérito y de su precio.

No obedecer prontamente y con alegría sino en aquello que lisonjea sus propias inclinaciones, mas es hacer su voluntad que la de otro, es ménos obedecer que satisfaceser.

El hombre verdaderemente obediente ni dilata la ejecucion de lo que se le manda, ni murmura contra la autoridad de los que gobiernan.

Los libros santos nos enseñan que seamos *sometidos á nuestros señores con toda suerte de respeto, no solamente á los que son buenos y moderados, sino tambien aun á aquellos que no son de una condicion benigna* (1).

Se haria la obediencia ménos penosa, si se pensase ménos en el hombre á quien se obedece, que en Dios por quien se debe obedecer.

La victoria está prometida, segun el testimonio del Espíritu Santo, *al hombre obediente* (2).

(1) I Petr. II, 18.—(2) Prov. XXI, 28.

La voluntad propia es un manantial de estravíos y desórdenes. La obediencia nos la santifica, y por este medio nos ahorramos muchoc disgustos y arrepentimientos, y merecemos la aprobacion de Dios.

LIBRO II.

En el que se consideran la vida y virtudes de la Santísima Vírgen, desde el Nacimiento de su Hijo en Belen hasta el tiempo en que se le vió dar la vida sobre el Calvario por la salvacion de los hombres.

CAPITULO PRIMERO.

De la dicha de los pobres.

Siervo. ¡Oh Vírgen Santa! considero, lleno de admiracion y placer, aquella perfecta paz que rebosaba dentro de vuestra alma en el establo de Belen, en donde dísteis al mundo á Jesus.

Se os niega la posada en Belen cuando la llegais á pedir, lo que es para vos un gran motivo de sentimiento; pero no por eso se altera la paz de vuestra alma.